PERFILES e HISTORIAS

MARIA EUGENIA LLAMAS

Tocada por la leyenda

Por **ROSA LINDA GONZALEZ**

Nació en 1944, pero el nacimiento que más se recuerda es el de 1948, el cinematográfico, cuando La Tucita cambió su vida y la marcó para siempre.
A más de 50 años de distancia, las preguntas que más le hacen a María Eugenia Llamas son: ¿cómo era Pedro Infante?, ¿no tenía miedo de jugar con la tarántula y la víbora en la película 'Los Tres Huastecos'?

"No me disgusta, creo que La Tucita y yo somos una y es algo que no voy a quitarme nunca", asegura con la tranquilidad de quien aprendió a vivir a la sombra de un personaje que pertenece ya a la memoria colectiva del mexicano.

Esto, dice, tiene sus ventajas.

"Todo mundo me ve y suspira, dice '¡aaay, La Tucita!' y no perciben mis patas de gallo y que estoy envejeciendo".

En su presente es madre, abuela y, desde hace tres años y cinco meses, viuda de Rómulo Lozano, su compañero por 30 años.

También se reintegró al escenario con la obra teatral "Se le metió el Espíritu", que está por concluir temporada y que contribuyó como terapia ocupacional en su proceso de recuperación tras la pérdida de su esposo.

Pequeña celebridad

Las 10 muñecas se alineaban sobre la cama: eran grandes, rubias, bonitas, caminaban, hablaban, pero sobre todo, eran todas para ella.

Por eso, para la pequeña de apenas siete años de edad la decisión de su madre fue terrible: "Escoge dos, porque las demás las vamos a regalar".

Hubo un berrinche tremendo, las muñecas se las habían regalado a ella, a La Tucita, la pequeña estrella del cine mexicano que estaba de gira por Nueva York cantando ranchero.

"Mientras exista en México una niña que no tenga siquiera una muñeca, tú no tienes derecho a tener 10", fue la contundente respuesta de doña María Andresco Kuraitis, su madre.

María Eugenia recuerda la rabia que en aquel momento le causó la decisión de su mamá, pero concede que la actitud de sus padres evitó que la fama que tuvo de pequeña desequilibrara su infancia.

"Era la época en que todo el mundo me decía 'qué niña tan bonita', entonces yo le preguntaba a mi papá '¿soy bonita?', y él me contestaba 'no, m'ijita, eres fea', así que a quién le crees, pues a tu papá, ¿no?, creo que no lo hicieron tan mal conmigo".

Regia por decisión

María Eugenia tiene una voz musical, será porque siempre habla sonriendo.

Nació en el Distrito Federal, pero tiene características regias: es franca, trabajadora y activa, aunque a las citas para las entrevistas y fotos llegó un poco tarde.

Habla mucho, tanto como sonríe, nadie creería que se define como maniaco depresiva.

"Sí soy depresiva, pero es difícil ser de otra manera cuando tienes conciencia del mundo en el que vives", señala antes de dar un sorbo al café y adentrarse en la charla.

Expresiva *y conversadora incansable.*

Apenas despuntaban los 60 cuando llegó con su entonces esposo a Monterrey: era una precoz ama de casa de 16 años que pronto sería mamá de Luz María, su primera hija.

"Duramos poco casados y nos divorciamos. Decidí quedarme en Monterrey, en parte porque como me casé contra la voluntad de mis padres, no quería regresar a México y que me dijeran 'te lo dije'", explica sin querer recordar más.

En una de sus primeras salidas conoció de lejos a quien sería su esposo.

Le habían hablado mucho del menudo y una vez, a la salida del teatro, fue con una comadre al Restaurante AL.

"Hablábamos de que no me volvería a casar cuando entró Rómulo: entonces dije, sólo me casaría con un señor como ése".

Al mismo tiempo, Rómulo Lozano, conocido locutor de televisión, le preguntaba al cajero por la güerita de aquella mesa.

Resulta que al saber quién era quién se cayeron gordos mutuamente.

"Rómulo me había entrevistado cuando yo tenía 7 años y dice que era muy sangrona. Yo, cuando supe que era el que tenía el programa de aficionados, dije: 'Ay no, me cae bien gordo'".

Se reecontraron en el entonces Canal 6, donde ella trabajaba en un programa infantil.

"Yo fui la primera payasa de Monterrey, me llamaba Campanita. El tenía unas horas de cabina. Ahí nos vimos y empezamos a salir.

"Un compadre nos decía que a ese romance le daba unos 15 días, porque era mucha la diferencia de edades, pero llegamos al matrimonio, claro, con ajustes y desajustes, pero yo nunca sentí esa diferencia", señala mientras apaga el cuarto cigarrillo de la mañana.

Rómulo era mayor que ella "veintitantos años", y es que dice María Eugenia que si se publica cuántos, a él no va a gustarle.

Al principio, los celos masculinos la molestaban, pero luego las cosas se tranquilizaron y tomaron su curso normal.

Conciencia heredada

María Eugenia es hija de refugiados españoles que llegaron a México durante el franquismo. De ahí le viene la formación crítica que mantiene.

Su papá era republicano: don José María Llamas Olada llegó con su esposa María y su pequeña hija Sonia a Veracruz a principios de los 40.

Ahí murió Sonia y la pareja se trasladó a la Ciudad de México, donde nació el resto de la familia: María Victoria, luego Angel, un varón que también murió, después María Eugenia y tras siete años, María Cristina Eréndira, quien por cierto murió de cáncer a los 35 años la misma semana que Rómulo, el esposo de María Eugenia, estaba en el hospital.

"Nunca me imaginé sola, me pegó muy fuerte la muerte de mi marido, descubrí, cuando murió, que era mucho más dependiente de él de lo que yo misma creía".

Tras el deceso, ella se fue a España por cuatro meses, en un intento de superar la pérdida con la distancia.

Aquí se quedaron sus hijos, Luz María, María Eugenia y Fernando.

"Me di cuenta que huir no es la solución; luego un día mi hija Maru me dijo: 'Yo me quedé sin papá y sin mamá al mismo tiempo'".

El grupo familiar es pequeño, Fernando es el único hombre y se dedica a la locución en el Canal 12 local.

Maru y Luzma dicen que es el consentido, pero María Eugenia lo niega.

Aunque Fernando asegura que alguna vez sí lo fue, hasta que nació Daniel, el primer nieto, y le quitó el trono.

Nace la leyenda

Era 1948 y la radio era el medio de entretenimiento por excelencia. Por las tardes, luego de hacer su tarea, las hermanas María Victoria y María Eugenia, de 7 y 3 y medio años de edad, escuchaban a Cri Cri.

Así supieron de la convocatoria de los Hermanos Rodríguez para encontrar a una niña que trabajara con Pedro Infante.

Las dos le insistieron a su mamá para que las llevara, pero ella siempre les daba largas.

"Al fin nos llevó, yo creo que siempre pensó en María Victoria, pero no tenía con quién dejarme".

Para entonces, María Victoria era una "veterana"; a los cuatro años había debutado en Bellas Artes declamando a García Lorca, y en 1946 había hecho "Ya tengo a mi Hijo", una película de Ismael Rodríguez.

"La prueba era meternos en un cuarto y observar el comportamiento. Yo me dediqué a preguntarle a la gente cómo se llamaba".

Le pidieron llorar y ahí descubrió antes que muchos la técnica Stanislavski, porque recordó a su hermana muerta, Sonia, a la que nunca conoció.

Tras esa prueba, le dijeron ríete, y lo hizo con mucha facilidad.

Fue así que ganó el concurso, participó con Pedro Infante en "Los Tres Huastecos" y dio vida a La Tucita, la niña rebelde, audaz, que regañaba a su papá y jugaba con la tarántula Epifania y la víbora Chabela.

Niña feminista

¿Cuál es el secreto de la permanencia de La Tucita en la mente del público?

Carmen Ruiz Quintana, una comunicóloga de la UNAM que hizo su tesis sobre Chachita y La Tucita, dice que esta pequeña rompió con todos los cánones de la época.

"Su desenvoltura la hace ver en la época 'grosera', por desinhibida era desvergonzada, por audaz resultaba atrabancada; por lista se le tilda de curiosa; por inteligente, de precoz; por defenderse de otros se le dice agresiva; por no someterse se le considera dominante.

"Sin embargo, aparece simplemente como una 'escuincle', una pequeña un tanto varonizada que hace lo 'que no está bien visto', la que usa pantalones en plena década de los 40 y comete acciones que las niñas desearían emprender, pero que no les está permitido socialmente", explica la comunicóloga en las conclusiones de su tesis.

Será por eso o que estuvo al lado del inmortal Pedro Infante, pero su personaje sigue vigente.

De Pedro Infante, guarda el mejor recuerdo.

"Era como en las películas, muy buena persona, a mí me decía 'm'ija' y yo le decía papá; cuando se accidentó en el avión, cuando le pusieron la placa en la cabeza, yo fui la primera persona que pudo verlo en el hospital".

Pero no todos se portaban tan bien con la pequeña, había quienes detestaban su precocidad y encanto.

"Silvia Derbez cada vez que pasaba me torcía las trenzas y me hacía nudos en el pelo".

Gracias al fenómeno que causó su actuación, La Tucita se convirtió en estrella.

"Mi hermana y yo jugábamos mucho, pero después de su tercera película empezó a viajar con mi mamá y dejamos de vernos unos siete años porque yo estaba en la escuela", señala su hermana María Victoria Llamas, conocida periodista y locutora de televisión nacional.

Pero pese a la separación y los cambios en la vida diaria, ya que la hermana mayor se quedó al frente de la casa a sus escasos 10 u 11 años, ambas hermanas sostienen hasta la fecha una estrecha relación, casi de cómplices.

Fama, fortuna y problemas

La Tucita conoció la fama y supo lo que era ser sacada en brazos de los estadios repletos de gente que quería un autógrafo o rozar su trenzas.

"Yo gané muchísimo dinero, como mil 200 pesos diarios. Recuerdo que una vez quería una bicicleta y mi mamá no quería comprármela.

"Un día, aquí en Monterrey, me levanté antes que mi mamá, tendría unos 8 años, tomé dinero y me fui a la Mueblería Standard", recuerda con sonrisa pícara.

"Llegué y pregunté ¿cuál es la mejor bicicleta que tiene?, compré la más moderna en 450 pesos. Cuando mi mamá despertó me regañó y yo le dije 'es mi dinero, ¿no?', así que me la dejó".

Pero en la vida académica sí tuvo tropiezos. Su mamá ya le había enseñado a leer, escribir, sumar y restar, así que a los 8 años entró a segundo año, lo que la enfrentó a grupos establecidos.

"Yo oía a las niñas que decían 'no te juntes con ella, porque es artista y se cree mucho'".

En 1948 debutó como La Tucita *en "Los Tres Huastecos", con Pedro Infante.*

María Eugenia no puede recordar ninguna primaria porque estuvo en muchas, ya que la expulsaban muy seguido por problemas de conducta.

"En primaria la mitad del año me la pasaba en el patio y en secundaria había un maestro de matemáticas que entraba a clase y me decía 'Srita. Llamas, fuera', yo le decía 'pero si no he hecho nada', y él contestaba, 'pero va a hacer, fuera".

Así que terminó secundaria "a gritos y sombrerazos", pero no siguió en la prepa porque se casó luego de tener muchos amigos y novios de juventud.

Madre y abuela jovial

La familia Lozano Llamas está formada además de sus hijos, por su yerno Edgar, sus nietos Daniel de 5 años, y Milena, de 3, hijos de Luzma, la hija mayor.

"No sé si fui la mamá que mis hijos necesitaban, pero sí fui la que me hubiera gustado tener".

Lo que sí asegura es que nunca fue aburrida; recuerda que para hacer que sus hijos comieran de chiquitos, a veces organizaba una "comida de locos", en la que debían empezar con el postre y terminar con la sopa, siempre y cuando se comieran todo.

"Mi mamá es súper alivianada, muy jovial y muy liberada, pero también es una mamá judía que todavía siente que su deber es protegernos y cuidarnos", señala su hija Maru, quien es conductora de televisión en el Canal 2 local.

Pero de que se lleva bien con los jóvenes habla María Victoria, su hermana.

"Mis hijos adoran a su tía Pancha, así le dicen, no sé por qué; mi hija Mariví vive en San Francisco y mi hijo Alan vive en Seattle y están constantemente en contacto con ella".

Y como abuela la historia se repite, dice Luzma.

"Es muy consentidora, cuando juega con sus nietos se transforma en niña chiquita, se sale con ellos a mojarse con la manguera y se tiran en el suelo para ponerse a pintar".

Promotora nata

Si en algo coinciden quienes conocen a María Eugenia es en su entusiasmo para emprender proyectos.

"Además de magnífica hija, ella tiene mucha iniciativa y es audaz ante la vida. Es muy tesonera y cuando se propone algo siempre lo logra", expresa su padre, don José María Llamas.

Además de cine, hizo circo, teatro y televisión, pero también ha sido promotora cultural y, últimamente, cuentera.

En realidad nunca ha dejado de trabajar, salvo en la época de sus embarazos y cuando los niños estaban chiquitos.

"Como persona es muy emprendedora, le gustan los proyectos nuevos, aventurarse", comenta el director de teatro Rogelio Villarreal.

En los 80 se incorporó a la parte de promoción cultural del ISSSTE y desde hace 11 años forma parte de los cuenteros de Francisco Garzón Céspedes.

Ella considera que su parte cuentera, algo que disfruta mucho y con lo que ha viajado por todo el país, le viene de su abuelo materno, al que conoció ya de grande, cuando salió él de España y vivió un tiempo con ella y su familia.

"Es una persona entusiasta que cree en la gente, y sobre todo en las personas que han fallado en alguna ocasión y que por algún motivo están privadas de su libertad", comenta Ninfa Delia Domínguez, ex directora del Penal del Topo Chico, donde María Eugenia colaboró en la parte de Prevención.

Ahora, María Eugenia dice que todavía no sabe lo que quiere hacer cuando sea grande.

Y en cuanto a trabajar, asegura tener suficiente para vivir sin hacerlo el resto de su vida... siempre y cuando se muera pasado mañana.

Pero luego se pone seria y señala que aspira a ser congruente, fiel a sí misma, a ser feliz, a tener salud.

Tras su periodo de duelo piensa en sí misma, hace gimnasia, luce una buena figura y quiere trabajar en algo que la satisfaga, no importa si es teatro, televisión o cuentos.

Así que aunque ya no tenga las trenzas y la inocencia de La Tucita, María Eugenia conserva la rebeldía ante la vida y las ganas de trabajar, algo que no ha dejado de hacer desde los cuatro años.

Fotos: EL NORTE/Claudia Susana Flores y Enrique Martínez/ Tarántula cortesía de Carlos Solís, Fac. de Ciencias Biológicas, UNAL/ Diseño: Eliana Cuéllar